

## ELLA SÍ SUPÓ ESPERAR

**Segundo domingo de Adviento**, segunda etapa en nuestro camino al encuentro con el Señor. Coincide este año con la **Solemnidad de la Inmaculada Concepción**, con lo que nos sentimos acompañados de “**Ella**”, la **Madre**, la que en verdad “**sí supo esperar**” el cumplimiento de las promesas de los profetas.

Dios avisa, Dios envía muchos profetas, muchos signos, muchas voces. Y todas dicen lo mismo: “**Preparad el camino**”. Prepárate para el encuentro con Cristo. No continúes atrapado en tus rutinas, en tu mediocridad, en tu apatía. **El Señor viene. Él viene... para ti**. Cambia lo que tengas que cambiar para que el encuentro con Él sea una fiesta, para que la Buena Noticia que Él trae pueda llenarte de gozo y alegría. El anuncio mesiánico que hizo a Israel mantener la espera, y que a nosotros nos invita a la esperanza, es: “*Dios es fiel y cumplirá sus promesas*”.

Si hoy se escucharan las lecturas de segundo domingo de adviento veríamos cómo Isaías y Juan -el profeta y el bautista- no necesitan de un marketing publicitario creando necesidades y expectativas; sólo hacen una cosa, poner al hombre frente a sí mismo, a su realidad, a su vida, y decirle: “*Sinceramente, ¿eres feliz?*”. A su alrededor, y en sí mismo, el hombre descubre odio, rivalidad, pretensión de ser más que el otro, violencia, destrucción, envidia, miedo... y también, si es capaz de abrir bien los ojos y los oídos, descubre entrega, donación, amor, paz en el corazón, mansedumbre. Y si, en su corazón, siente la lucha interior que San Pablo narra en la carta a los Romanos, donde se sincera diciendo “*no hago el bien que deseo, y el mal que detesto es lo que hago*”, entonces añora, busca, quiere cambiar su rumbo: esto es la conversión. Por supuesto que es posible vivir de este segundo modo, vivir el Reino de Dios y hacerlo desear a los que nos ven. Es posible porque Dios se ha encarnado y ha entrado en la historia humana.

La escena del evangelio de hoy -Inmaculada Concepción-, la escena de Nazaret, es un ícono que todos los católicos llevamos grabado en nuestras vidas. María rebosa gracia y es la “agraciada” de Dios. Y la Gracia es germen de santidad. Ella es discípula y maestra que nos enseña desde el silencio de Nazaret a reconocer las maravillas divinas y a dar gracias al Señor. Nos enseña la humildad y la oración, el silencio y el grito. La escena que Lucas describe debe realizarse en cada uno que quiera ser cristiano. **¡Dios necesita de ti! ¡Grita, pregona, la cercanía de Dios y su amor al hombre real!** Grítale que tiene poder de salvar, de perdonar, de darles un espíritu nuevo. Indícales que, como la **Virgen María**, sólo deben hacer una cosa: dejar a Dios ser Dios, desear que el Espíritu Santo les inunde y se cumpla en ellos la promesa de Dios. **¡Fiat!**

**Sinceramente, ¿eres feliz?** Dios viene... ya ha venido. **¡Es posible ser feliz!** Conviértete a él, anhélalo, **prepara su llegada** llenando baches, allanando senderos, enderezando caminos torcidos. Él te dará la fuerza y hará el resto. Os invito a orar así: “*Señor, límpiame los oídos y podré escuchar mejor a tus profetas, ábreme los ojos y podré ver las señales que muestran tu llegada, calma mi corazón para que todo mi ser se encuentre contigo*”... **como María**.

Luis Emilio Pascual Molina  
Capellán de la UCAM